

ESPAÑOLES EN LAS MOLUCAS: UNA APROXIMACIÓN HISTÓRICA

Leopoldo STAMPA
Embajador de España

El 11 de mayo de 1502, Colón salió de Cádiz con cuatro carabelas y 140 hombres. La intención del almirante, en este cuarto viaje a América, era reconocer lo que él llamaba la Tierra de Paria, al sur de la Española (Santo Domingo) y encontrar el estrecho.

Pero el viaje terminó en un fracaso. El 7 de noviembre regresó a Sanlúcar con las manos vacías, enfermo y decepcionado.

La ruta occidental hacia las Molucas continuaba siendo un enigma, pero Colón, siguiendo fiel a sus apreciaciones particulares, moriría creyendo que aquellas tierras halladas quedaban a las puertas del Quersoneso Aureo de Ptolomeo, es decir, la actual península malaya, en cuya cercanía se situaban las islas de las especias.

El misterio de las nuevas tierras perduraría once años más.

Cuando el 25 de septiembre de 1513, a las diez de la mañana, el español Vasco Núñez de Balboa divisó desde las costas de Panamá el océano Pacífico, se cumplió lo que se presentía hacía tiempo, que "las Indias" no eran Asia. Unos días después Núñez de Balboa tomó posesión de aquel "mar" en nombre de los Reyes de España. Lo que ni el descubridor ni nadie más podía suponer era que estaban pisando las aguas del mayor de los océanos del planeta: precisamente al otro lado, a miles de millas se encontraban las anheladas costas de Asia.

LA PRIMERA HUELLA.

Elcano: La primera circunnavegación al Globo

La flota de Magallanes

Tanto los Reyes de España como los de Portugal confiaban en que las islas de las especias estuvieran dentro de su campo de acción. En este convencimiento se preparó y financió la expedición de Fernando de Magallanes, un noble portugués que había estado en la India y visto de cerca la riqueza de la especiería. Problemas entre Magallanes y el rey Don Manuel de Portugal llevaron a este último a poner a disposición de Carlos V (nieto del rey Fernando: Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano) sus proyectos de encontrar el paso entre el Atlántico y aquel "Mar del Sur" que había descubierto Vasco Núñez de Balboa, y tomar posesión del "Maluco" para España. Por lo demás, Magallanes estaba seguro de que la distancia a recorrer entre el Nuevo Mundo y Asia era corta y que en el camino se encontraban islas grandes que harían el viaje muy asequible. Un océano tan corto era coherente con su convencimiento de que las Molucas pertenecían a España, según la delimitación establecida en Tordesillas.

La expedición de cinco naves con 250 tripulantes salió el 20 de septiembre de 1519; de la dureza del viaje hasta encontrar y pasar el estrecho que más tarde se llamaría de Magallanes, es buena prueba el hecho de que sólo llegaron a conseguirlo tres de los barcos.

Pigafetta recoge el sentir de los expedicionarios con estas frases:

"El miércoles 6 de noviembre descubrimos cuatro islas de gran elevación, a 14 leguas. El piloto, que seguía en la nave, afirmó que aquellas cuatro eran el Maluco, así que dimos gracias a Dios y por júbilo descargamos la artillería toda. No era para que nadie se maravillase que nos sintiéramos tan alegres, pues habíamos empleado veintiséis meses menos dos días en encontrar el Maluco".

El 6 de noviembre de 1521 las Molucas aparecían a la vista de la *Victoria* y la *Trinidad*. Fondearon en el puerto de Ternate, una pequeña isla de menos de diez kilómetros de diámetro, cuyo Sultán estaba enfrentado al de Tidore, isla gemela situada al sur. Los portugueses, con una concepción imperial distinta a la española, habían estado comerciando en Ternate desde 1511, pero no habían llegado a crear ninguna factoría. La recepción en Ternate no fue calurosa y terminaron refugiándose dos días más tarde en Tidore.

En Tidore, el Sultán Al-Mansur, les recibió espléndidamente.

Diario de Pigafetta:

"Tres horas antes de la puesta del sol, el viernes, 8 de noviembre de 1521, entramos en el puerto de una isla llamada Tidore, y echamos anclas cerca de la playa a veinte brazas donde hicimos fuego con toda nuestra artillería. Al día siguiente el Sultán se acercó a los barcos en un prau y navegó alrededor de ellos. Inmediatamente largamos un bote para salir a su encuentro y honrarle. Nos hizo subir a bordo de su prau y sentarnos cerca de él. Estaba sentado bajo un toldo de seda que le protegía por todos los lados. Delante de él uno de sus hijos con el cetro real y dos personas con dos jarras de oro para verter agua en sus manos y otros dos con dos estuches dorados repletos de betel. El Sultán nos dio la bienvenida y nos dijo que había soñado hacía tiempo que algunos barcos vendrían al "Maluco" desde remotos lugares; y para tener más seguridad en ello había decidido consultar la luna, después de lo cual había visto que los barcos venían y qué éramos nosotros. Cuando el Sultán entró en nuestros barcos todos besaron su mano y tras ello le guiamos hacia popa. Cuando entró en el castillo de popa no se inclinó sino que entró erguido. Habiéndose sentado en una silla de terciopelo rojo le cubrimos con una manta de terciopelo amarillo al modo turco. Con objeto de hacerle los honores nos sentamos a su alrededor en el suelo y cerca de él. Cuando estuvimos todos sentados el Sultán comenzó a hablar y dijo que tanto él como su pueblo deseaban por siempre ser los amigos más leales y vasallos de nuestro Rey de España".

Quería incluso bautizar a la isla con el nombre de "Castilla" en homenaje a los expedicionarios y les ofreció su ayuda.

Pigafetta escribiría:

"Nos recibió como hijos suyos y pudimos ir a la costa como si estuviéramos en nuestra propia casa, y desde entonces su isla fue llamada no Tidore sino

"Castilla", por causa del amor que tenía a nuestro Rey, su soberano. Le hicimos presentes que consistían en una túnica, un trozo de delicado lino, ocho yardas de paño escarlata, una pieza de seda brocada, una pieza de damasco amarillo, algún paño indio bordado con oro y seda, una pieza de "beranía" (lino blanco de Cambaia), dos gorros, seis collares de cuentas de cristal, doce cuchillos, tres espejos grandes, seis pares de tijeras, seis peines, algunas copas doradas, y otros artículos. A su hijo le dimos un paño de la India de oro y seda, un espejo grande, un gorro y dos cuchillos y a cada uno de los otros nueve -todos ellos jefes- gorros de paño de seda y dos cuchillos y a muchos otros, gorros y cuchillos. Continuamos ofreciendo presentes hasta que el Sultán nos rogó desistir. Tras ello nos declaró que no tenía nada que darnos excepto su propia vida para ofrecerla al Rey, su soberano. Debíamos situarnos más cerca de la ciudad y cualquiera que fuese el que se aproximara a los barcos por la noche debíamos matarlo con nuestros mosquetes. Dejando la popa, el Sultán no inclinó su cabeza. Cuando se hubo ido descargamos nuestras armas. Este Sultán es un moro de cerca de cuarenta y cinco años. Es de complexión fuerte y tiene una presencia real y es un excelente astrólogo. Vestía con una camisa de la más fina tela blanca cuyos puños estaban bordados en oro, y una tela que le llegaba de la cintura al suelo. Iba descalzo, y con un pañuelo de seda envolvía la cabeza ("doublet" en el manuscrito original) y coronada con una guirnalda de flores. Se llama Rey Sultán Al-Mansur".

La isla impresionó profundamente a los recién llegados, especialmente su natura. António Galvao, en su Historia de las Molucas, diría:

"A fin de enero las aves comienzan a poner huevos y a criar en los árboles que tienen su base en el mar o en los ríos, para que las hormigas no se coman los huevos de las crías".

"Algunos pájaros son de tantos colores que no puede imaginarse. Otros son encarnados o coloreados y los llaman "nuri". Se consideran los mejores para aprender a hablar. A los blancos se les llama "kakatua" y parecen buhos, y tienen crestas de plumas blancas en la cabeza y las encrespan y agitan mucho".

Sobre peces escribió:

"Hay merlangos, rodaballos, caballas, salmonetes y lenguados, sábalos, sardinas, tortugas; otros pescados son como los de España pero no en sabor".

Galvao mencionaba lo que hoy es la especialidad gastronómica de las Molucas: el cangrejo de coco.

"Hay tortugas y ranas grandes como sapos, y cangrejos peludos y venenosos; quien los come muere de inmediato. Y hay otros buenos como los que nosotros comemos, y cangrejos de tierra que son capturados por la noche con unos hilos de alambre y una antorcha. Se dice que si entran en el agua se ahogan. Son como langostas y no hay quien no diera una gallina cebada por ellos. Su comida son los cocos y nueces "kenari" (canarias), a pesar de su dureza las parten con la boca y dicen que así lo harían con el hierro. Los tienen en grandes vasijas para cebarlos".

Por fin, en Tidore las transacciones para la compra de especias iban a llevarse

a cabo. Con base a esas transacciones comerciales se construyó una factoría, la primera europea en las tierras que serían más tarde denominadas Indonesia.

Durante días se recogió canela y clavo. las especias se amontonaban, los barriles iban llenando las bodegas, la cubierta, el puente... Cuenta Pigafetta que un bahar de clavo (406 libras) se podía conseguir con "veinte yardas de paño rojo, o quince hachas, 35 tazas de vidrio, 150 cuchillos ó 50 pares de tijeras".

Pero en ese mismo año los portugueses establecerían una factoría comercial en Ternate, de manera que la competencia entre los mercaderes de uno y otro país hizo que en los años siguientes las especias triplicaran su precio.

La estancia de los españoles en las Molucas estaba amenazada por la presencia portuguesa en la zona. Portugal no terminaba de aceptar que sus competidores hubieran descubierto otro camino que llevase a la especiería, la ruta española del Pacífico, y desde Lisboa se había ordenado al virrey de la India que la flota de Malaca capturase a la expedición de Elcano, y cuantas otras pudiera haber. De ello les llegó aviso a los españoles de Tidore a través de Pedro Antonio Larosa, un portugués amigo asentado en la escuadra portuguesa, y Elcano, prudentemente ordenó apresurar las labores de carga en los barcos y levar anclas. Los españoles de Elcano cargaron hasta 1.500 y 700 quintales de clavo en las bodegas de las naos *Trinidad* y *Victoria*, respectivamente. El 18 de diciembre de 1521, se pusieron rumbo a España.

Pero la *Trinidad* no pudo seguir a la *Victoria*. El Caracolillo había carcomido el casco de la *Trinidad* que con el peso de la carga empezaba a tener vías de agua. Debían regresar a Tidore para reparar, pero ello implicaba perder días y correr el riesgo de ser capturados por la flota portuguesa.

Elcano conferenció con el comandante de la *Trinidad*, Espinosa, y ambos decidieron que los marineros escogieran. Aquéllos que lo desearan podían quedarse en la isla para regresar más tarde. Los demás se acomodaban en la *Victoria*: fueron 47 europeos y quince moluqueños.

El resto del viaje de Elcano fue -como toda la expedición- una auténtica aventura.

Elcano no sólo había conseguido hacer realidad el sueño no logrado por Colón de llegar a la especiería por la ruta occidental, sino que había conseguido algo más: la primera circunnavegación al globo.

El Emperador Carlos V comprobaría que los beneficios obtenidos eran notables. La venta del clavo de Tidore (cerca de 25.000 ducados) compensó sobradamente la inversión que se había realizado en la preparación de la expedición.

¿Qué había sido de los demás? En Tidore habían quedado cincuenta y tres marineros junto a Espinosa. Cuando la *Trinidad* estuviera reparada intentarían el tornaviaje por el Pacífico. Emplearon este tiempo en hacer pactos de amistad con los Sultanes de varias islas, en previsión de la futura colonización de las Molucas. Cuando los españoles se fueron, dejaron parte de la carga y a la artillería del barco en la factoría por ellos levantada con el fin de hacer más fácil el viaje de regreso a España por la ruta del Pacífico.

El intento de descubrir este camino de vuelta fracasó, de manera que los espa-

ñoles volvieron a Tidore, pero la *Trinidad* se hundió en uno de estos canales entre el arrecife y la fortaleza de Ternate, donde una tormenta llevó al buque a su trágico fin. Los españoles sobrevivieron sólo para ser hechos prisioneros y devueltos a España por los portugueses, quienes se habían apoderado de la factoría española en su ausencia.

Los problemas entre españoles y portugueses en torno a los derechos sobre las Molucas continuaron; los esfuerzos diplomáticos para encontrar una solución no resolvieron nada y las negociaciones para el trazado de la línea divisoria en Extremo Oriente fueron imposibles. A fin de cuentas, ninguna de las coronas tuvo inconveniente en dilatar una solución incierta, porque ello les permitía reducir el problema a una carrera por el establecimiento, de hecho, en aquel archipiélago.

Carlos V estimó que las Molucas y el Pacífico eran además una fuente de financiación desbordante, y en línea con lo que más tarde harían otros países europeos como Portugal, Holanda, Dinamarca y Gran Bretaña, creó en La Coruña (Galicia) una nueva Casa de Contratación, una Compañía para las islas de la especiería. Banqueros castellanos, flamencos y alemanes participaban en esta operación imperial.

El regreso de Elcano supuso la apertura de una nueva vía ultramarina para la Corona Española. La especiería se incorporaba a la economía hispánica y a la expansión del comercio exterior. Pero, ¿a quién interesaban las especias? Por supuesto a las poblaciones berberiscas del norte de África, no. Los países que podrían adquirir los exóticos frutos eran los del norte de Europa: franceses, ingleses, flamencos, alemanes. Había que buscar una localidad estratégica en el noroeste de la península para que atrajese la atención de los comerciantes europeos y evitar que continuasen negociando en Lisboa.

Estas razones fueron las que se tuvieron en cuenta para establecer una Casa de la Contratación, dedicada exclusivamente al control de las especias, en la ciudad gallega de La Coruña, y fue aquí, donde se organizó, en 1525, el segundo viaje.

Las magníficas perspectivas y las ventajas que proporcionaba un camino de ida ya conocido, llevaron al Rey español a proyectar el asentamiento en las Molucas y el establecimiento de una línea de comercio regular para la introducción de especias en el mundo europeo.

La estrategia imperial de Carlos V era sin duda más ambiciosa que la de los anteriores Reyes de España. No bastaba con descubrir, era necesario conquistar y establecerse.

La Armada de Loaysa

En 1525 se preparó una nueva expedición con Elcano como organizador de la flota y piloto mayor. La armada, al mando de García Jofre de Loaysa, que llevaba el título de gobernador general de las islas de Maluco, estaba formada por siete naves.

Con los navegantes zarpó Andrés de Urdaneta, un personaje inquieto, que

anotó con precisión en su diario todos y cada uno de los acontecimientos de la expedición.

Nuevamente el durísimo viaje cobró un precio dramático en vidas humanas, entre otras las de Elcano.

García Jofre de Loaysa como capitán general de una vistosa flota -en la que figuraba como segundo Juan Sebastián Elcano- se lanzó desde las abruptas costas de Finisterre hacia el Atlántico sudamericano. La travesía del estrecho ya no fue un obstáculo tan duro de vencer: iban varios supervivientes de la expedición de 1519 que conocían todos los secretos geográficos del intrincado paso.

Pero, nuevamente, el Pacífico marcaba una nueva ruta de penalidades. El hambre y la enfermedad volvieron a hacer su aparición, y la situación era cada vez más angustiosa. Una depresión, puso fin a la vida de Jofre de Loaysa; era el 30 de julio de 1526, a la altura de la línea equinoccial, muy cerca de la isla Gilbert, y allí, en aquellas oscuras aguas, fue arrojado su cadáver.

Abiertas las instrucciones reales, el encargado de reemplazarlo en el mando era Juan Sebastián Elcano, pero desgraciadamente su jefatura iba a ser muy breve. A los pocos días, el 4 de agosto, moría. Su cuerpo fue lanzado sobre las olas del océano, que rompían con estruendo sobre las cuadernas de las embarcaciones.

Nuevamente había que reunirse para elegir un nuevo jefe, y el seleccionado fue Toribio Alonso de Salazar, quien venciendo una penosa travesía, con una reducida tripulación, logró llegar a las islas de los Ladrones, donde murió.

Por cuarta vez se volvía a presentar la difícil tarea de elegir un nuevo capitán. A juicio de todos, el que reunía más méritos era Martín Íñiguez de Carquizano. Con rumbo seguro logró arribar a las Molucas. Ternate seguía bajo el control lusitano. Las otras dos islas próximas, Tidore y Gilolo (la actual Halmahera) mantenían una rivalidad con aquella, intentando defender a toda costa su independencia. La llegada de los castellanos tranquilizó a los nativos. El jefe del pueblo de los castellanos tranquilizó a los nativos. El jefe del pueblo de Zamafo, Bubacar, ofreció toda su ayuda a Carquizano.

Lograron cruzar el Pacífico tan sólo dos naos; una de ellas llegó a Mindanao, en donde los supervivientes fueron apresados por los nativos, y la otra, fue a parar a Jailolo (Halmahera) a finales de octubre de 1526, con 105 hombres. Allí fueron bien recibidos por los habitantes, que guardaban un buen recuerdo de los españoles, y comenzaron la labor de asentamiento con los portugueses en condiciones de notoria desventaja, puesto que Portugal tenía una sólida base en Malaca.

Mientras, los portugueses habían abandonado Tidore. Cuando el 1 de enero de 1527 la *Santa María de la Victoria* fondeó en Tidore el Sultán sucesor de Al-Mansur recibió bien a los españoles con quienes concertó una alianza.

Sin embargo, la presencia española en Tidore no dejó de llamar la atención de los portugueses. Una flota cañoneó la *Santa María de la Victoria* que tuvo que ser incendiada para evitar su captura. Los españoles se refugiaron en el puerto de Tidore donde ofrecieron resistencia.

Los supervivientes de la expedición de Loaysa, un total de unos 150 hombres a las órdenes de Hernando de la Torre hicieron grandes preparativos en Tidore para operaciones de defensa u ofensa, según fuera el caso.

Habían pasado unos días y un atardecer, vieron aparecer una embarcación portuguesa; a bordo venía un emisario de don García Enríquez, capitán de la fortaleza de Ternate. Era portador de una carta, sin firma, dirigida al capitán español. En ella le manifestaba que abandonasen aquellas islas y se trasladasen a Ternate, de lo contrario, emplearía la fuerza.

El capitán español se negó a aceptar aquella misiva, y le manifestó al enviado, para que se lo transmitiese a su jefe, primero, que él no respondía a cartas sin firma y, segundo, que estaban allí para defender los intereses del Emperador Carlos.

Pasó el tiempo, y en la fortaleza de Ternate hubo relevo. Ahora el nuevo jefe era Jorge de Meneses, quien se apresuró a enviar otro interlocutor para que manifestase a los españoles que él pretendía la paz y la concordia entre todos. Sus palabras fueron acogidas con gran entusiasmo. Para celebrarlo organizaron un banquete. Valdaya, el emisario luso, tras reiterar la misiva de paz, brindó con el jefe español, no sin antes, y aprovechando un descuido, haber vertido un veneno que traía sutilmente oculto en una uña, muriendo al poco tiempo Carquizano, tras haber bebido el vino emponzoñado.

Nuevamente sin jefe, los castellanos eligieron a Fernando de la Torre. Con mucho esfuerzo mantuvo la soberanía hispánica de Giolo y Tidore.

Don Jorge Menesez, capitán portugués destinado en Ternate, persuadió al hermano del Sultán, el príncipe Tarruwense, quien veía un posible triunfo en la fusión de Tidore y España como algo peor que una temporal alianza militar entre Ternate y Portugal, para unirse a una invasión de Tirode. Una fuerza de cien portugueses y mil ternateños cruzó el estrecho de noche y fácilmente conquistó la isla. Los invasores tomaron, saquearon y destruyeron la recientemente reconstruida ciudad real de Merieku y cercaron las fortificaciones adyacentes en las que los españoles, aunque escasos de comida y municiones, rehusaron rendirse.

Al otro lado del Pacífico, se había encomendado a Hernán Cortés que enviara a la especiería una armada para socorrer a los hombres de Loaysa y con el objetivo de apoderarse de la factoría que los portugueses habían levantado en Ternate. Hernán Cortés llegó a concebir un ambicioso proyecto de imperio construido por Nueva España, cuya extensión hacia el norte parecía no tener límites, que se nutriría, como base fundamental de financiación, del comercio de especias con el "Maluco".

Cortés envió auxilio a Tidore mediante una escuadra de tres barcos al mando de Álvaro de Saavedra, primo de Cortés, que zarpó de Nueva España (México) el 31 de octubre de 1527.

La flota enviada no pudo ser más oportuna. De los tres barcos, uno de ellos, la Florida con 450 hombres a bordo bien provistos de armas y equipos, llegó a Tirode. Los españoles que permanecían allí al mando de Hernando de la Torre lograron hostigar a los portugueses con los refuerzos enviados por Cortés, hasta rechazarlos.

La fuerza de Hernando de la Torre se dividió en dos grupos: este último mandaba el grupo principal con base en Tidore y Urdaneta, con un destacamento de 27 hombres se estableció en Jailolo (Halmahera).

Mientras tanto, enviaron de vuelta a la Florida para pedir más refuerzos de Nueva España. Pero fracasaron al tratar de encontrar la ruta de regreso a América. Después de dos intentos en 1528 y 1529, Saavedra regresó a las Molucas, en donde encontró que Hernando de la Torre había acordado la rendición de los suyos, aunque todavía quedaban algunos españoles que no aceptaban el acuerdo con los portugueses, al menos hasta que llegase la noticia de la firma del Tratado de Zaragoza. En ese tratado, firmado en 1529, el emperador Carlos V había cedido a Portugal sus derechos sobre el archipiélago. Urdaneta, que no había querido rendirse, se dedicó abiertamente a la piratería apoyado por los malayos de Jailolo.

La boda de Carlos I de España con Isabel de Portugal, celebrada el 11 de marzo de 1526, al reforzar los lazos familiares que unían a las dos Coronas, creó un ambiente propicio al acuerdo en el espinoso tema de las Molucas. La política europea del Emperador influyó también de modo decisivo, puesto que él necesitaba desembarazarse de esta antigua rivalidad, y además, el interés de Castilla por la especiería había disminuido mucho, al ver que no se encontraba el derrotero de regreso por el Pacífico, única vía permitida a España.

Portugal seguía manteniendo su irreductible postura: en virtud del Tratado de Tordesillas, aquellas tierras le pertenecían. Por eso puede decirse que en Zaragoza es la Corona portuguesa la que cede, puesto que al comprar los derechos españoles sobre las Molucas, tácitamente los reconocía.

Por este convenio España vende "todo derecho, acción, dominio, propiedad y posesión o casi posesión y todo derecho a navegar, contratar y comerciar en el Maluco", por 350.000 ducados de oro de 375 maravadíes cada uno. Es un pacto de retro vendiendo puesto que el Rey de España se reserva la facultad de anular estas renunciaciones, previa devolución a Portugal de la mencionada suma. Mientras el tratado estuviera vigente no podrían ir a la especiería naves españolas y todo cargamento de especias que no fuera traído a España por súbditos y barcos portugueses, debía no levantar nuevas fortalezas en el Maluco, que se considera situado al oeste de una línea que pasa por las islas de las Velas o de los Ladrones, y de Santo Tomé.

La línea fijada en Zaragoza va a tener especial importancia en lo que respecta a las islas Filipinas. Una mirada al mapa actual nos muestra claramente que este archipiélago queda comprendido en la zona asignada a Portugal, pero en 1529 se desconocía por completo la existencia de este conjunto de islas pues sólo se había tocado tangencialmente en algunas de ellas: Magallanes estuvo en Sámar, Leyte, Cebú y Mactán, donde encontró la muerte. Después, sus barcos tocaron en Mindanao, a la que llegó también, un año después, la *Victoria* de Loaysa, pero del resto de las islas no se tenía noticia aún.

La armada de López de Villalobos

Las circunstancias diplomáticas, como el Tratado de Zaragoza, no fueron sin embargo impedimento para que la Corona española continuara intentando encontrar el asentamiento en la zona de la especiería. Esta misión llevó la armada de Ruy López de Villalobos, enviada desde el virreinato de Nueva España en 1542, con intrucciones de descubrir nuevas islas para ese fin, pero no tocar en las Molucas ni ninguna otra tierra de dominio portugués. A pesar de estas recomendaciones, los temporales obligaron a Villalobos a refugiarse en Jailolo y luego en Tidore, en donde quedaron reunidos todos aquéllos que habían conseguido cruzar el Pacífico ante el recelo de los portugueses, que acordaron permitirles tomar provisiones y regresar.

De nuevo el Pacífico se mostró hostil y no fue posible para los españoles hallar el camino de vuelta. En uno de los intentos de volver a América, en junio de 1545, Íñigo Ortiz de Retes descubrió una isla a la que los españoles bautizaron con el nombre de Nueva Guinea.

Finalmente, el gobernador portugués de Ternate, capitán Gregorio de Castro, dio un ultimátum al almirante Villalobos: luchar y ser aniquilados o rendirse y ser repatriados a España vía Goa. Villalobos, cuyas fuerzas eran claramente inferiores y cuya confianza en sus aliados de Tidore y Jailolo era más bien escasa, rechazó el ultimátum pero de una manera que implicaba la posibilidad de negociar. El capitán replicó ofreciendo a los españoles, previamente a la rendición y a la repatriación, la oportunidad de unirse a él en una expedición contra Jailolo y así ganar una importante parte del rico botín que sin duda se conseguiría. Tras debatir los respectivos méritos de la caballería y del oportunismo en los tratos con su antiguo amigo, el sultán Katara Bumi de Jailolo, los españoles optaron por lo último tras recordar que hasta el momento tenían poco más que cicatrices que mostrar como trofeos de sus viajes, y que volver a España con las manos vacías no era propio de conquistadores. Medio centenar de españoles, por tanto, se unieron a los doscientos portugueses y a un ejército de ternateños del sultán Hairun en un ataque sobre Jailolo.

Tras un primer ataque en el que todos participaron, el almirante Villalobos y sus hombres consiguieron ser repatriados a España. Durante el prolongadísimo viaje que incluyó una escala de un mes en Ambón, los españoles permanecieron recluidos en un atestado y miserable puerto. La mayoría de ellos, incluyendo el almirante Villalobos, murieron de beri-beri y otras enfermedades. Sólo un puñado de supervivientes regresó finalmente a España.

Tras la partida de los españoles, la alianza entre Portugal y Ternate continuó con un penoso y prolongado asedio. Los portugueses sufrieron grandes pérdidas por las heridas recibidas en la lucha y por la dureza de las condiciones.

El sitio de Jailolo terminó finalmente, no por el poder de los portugueses o por la debilidad de los ternateños, sino por catástrofes naturales. Una serie de erupciones volcánicas y de terremotos acabaron con las defensas y la moral de las fuerzas de Jailolo. El sultán Katara Bumi, cuyos soldados y súbditos eran víctimas del hambre y las epidemias, no tuvo otra opción más que capitular.

Intentando evitar las respesalias portuguesas, el Sultán ofreció aceptar la conversión. Sin embargo, cambió de opinión cuando los sacerdotes que le instruían en la doctrina cristiana le exigieron que renunciara a todas excepto a una de sus esposas como condición final para ser bautizado. En vez de eso, el Sultán eligió tomar un veneno; su hijo fue designado heredero y su reino quedó separado de Tidore y unido a Ternate.

La guerra de Jailolo coincidió con el período de actividad en las Molucas de Francisco Javier. Tras pasar meses en Ambón donde tuvo ocasión de administrar la extremaunción al almirante Villalobos, Francisco Javier se dirigió hacia el norte con el objetivo específico de convertir al sultán Hairun. El jesuita y el sultán establecieron pronto una relación de mutuo respeto. Francisco Javier veía al sultán como un hombre libre de prejuicios y generoso; un juicio, en el que sin duda no todos coincidían. El sultán por su parte, encontró en el misionero a uno de los europeos, además de António Galvao (que fue gobernador de Ternate), cuya erudición y carácter le inspiraban un profundo respeto. Ambos mantuvieron prolongadas sesiones de discusión filosófica y teológica. El sultán pidió al misionero le ilustrara sobre las diferencias que existían entre la doctrina islámica y la cristiana. Aunque declinó el convertirse, expresó el deseo de que los seguidores de las dos religiones pudieran un día reconciliar sus diferencias y sus creencias.

Tras su regreso de las Molucas, Urdaneta -quizás para lavar las culpas de su vida de pirata en las islas- había ingresado como religioso en la Orden de San Agustín. Sin embargo, no había perdido su pasión por los mares. Por ello escribió una carta al nuevo Rey, Felipe II, asegurándole tener la solución del problema crucial de la navegación del Pacífico, aún sin resolver: el tornaviaje. Como resultado de tal misiva, el 21 de noviembre de 1564 salían de Nueva España dos galeones y dos pataches rumbo a las islas de Poniente al mando de Miguel López de Legazpi con Urdañeta como piloto mayor. A principios de 1565 llegaban a una isla que llamaron de los Barbudos, por el aspecto de sus habitantes, descubierta por Álvaro de Saavedra en 1527 (más tarde islas Marshall) y poco más tarde fondeaban en las Ladrones.

El 27 de abril de 1565, sus cuatro naves zarpaban de la isla de Cebú, poco después Legazpi fundaba la primera ciudad española: San Miguel.

Comenzaban así los asentamientos. Había que comunicar la buena nueva, y era urgente pedir refuerzos, recabar fondos y solidificar la fundación.

Andrés de Urdaneta resolvió el problema principal que planteaba esa permanencia, es decir, lo que los navegantes llamaban la "Vuelta del Poniente", la ruta Filipinas-California-Acapulco, que sería utilizada durante más de tres siglos por el galeón de Manila y que fue la vía de entrada en América de los productos orientales, entre ellos las especias.

LAS EXPEDICIONES DESDE FILIPINAS

La presencia española en las Molucas no había llegado a su fin. De hecho, ésta perduraría un siglo más y algunos fuertes que se conservan hoy día, tales

como el de Nuestra Señora del Rosario y el de San Pedro y San Pablo en Ternate, y otros como el Fuerte Torre en la isla de Tidore, son testimonio de esa historia posterior.

La ayuda a Portugal de Pérez Desmariñas

La unión de las coronas de España y Portugal en la persona de Felipe II en 1580, obligó a los gobernadores de Manila a prestar apoyo a los esclavos portugueses en Ternate y Tidore, que estaban siendo amenazados por los holandeses. En 1580 y 1585 se enviaron expediciones desde Manila a fin de hacer de esa ciudad el nuevo centro de comercio de las especias.

En 1593, el recién nombrado gobernador general de España en Filipinas, Gómez Pérez Desmariñas, se empeñó en culminar los esfuerzos de sus antecesores con el envío de una expedición formada por un galeón, seis galeras y al menos cerca de cien barcos menores que llevaban a bordo mil soldados españoles junto con otros mil soldados filipinos auxiliares. La mayor parte de la expedición se congregó en Cebú donde estaba previsto que el gobernador general y su séquito se unieran a la fuerza expedicionaria. Desmariñas y su escolta personal compuesta por cerca de ochenta españoles se embarcaron en Manila en medio de una gran expectación en el galeón que sería el buque insignia, y zarparon para la cita concertada en el sur. Todos los preparativos expedicionarios parecían magníficos, sin embargo nadie prestó atención a la tripulación compuesta por 250 remeros chinos o siendo más exactos, comerciantes y artesanos chinos, que habían sido enrolados como remeros. El reclutamiento se había llevado a cabo bajo la amenaza de expulsión de Manila si rehusaban, además de percibir por adelantado una paga sustanciosa en metálico, y la promesa de que apenas se les ordenaría realmente remar gracias a los vientos monzones que se creían favorables. Los chinos que se consideraban abiertamente agraviados y despreciados, se quejaron y protestaron sin reparos sobre sus pagas, al mismo tiempo que mostraban cuchillos y dagas; y cuando los vientos y las corrientes les obligaron a remar, se amotinaron.

Los españoles, sin preocuparse demasiado, pasaron la noche festejando la victoria que habrían de conseguir en la Molucas. Aquella noche, mientras dormían, los remeros chinos fueron apuñalando sigilosamente uno por uno a los miembros de la tripulación y se hicieron dueños del buque insignia. El gobernador general Desmariñas fue una de las primeras víctimas; de sus ochenta miembros de la escolta española no pasaron de diez los que sobrevivieron, algunos gravemente heridos, y lograron nadar hasta ser rescatados por los barcos menores de la flota. El hijo de Desmariñas, Luis, que era segundo comandante pero que viajaba en otro navío, al enterarse de la tragedia ordenó el regreso inmediato a Manila del resto de la flota.

De esta manera fue sangrientamente abordada la espléndida expedición de Desmariñas. Los remeros chinos pusieron el galeón del gobernador general rumbo a las costas de Indochina y cuando el barco encalló debido a su poca

precaución, el rey de Tonkin confiscó tanto el buque como su carga. A los remeros se les permitió continuar su camino lo que hicieron finalmente dirigiéndose al interior de China.

Una década más tarde, la pérdida de los fuertes ibéricos de Ambón y en Tidore y la alianza de los holandeses con los ternateños, movió a don Pedro de Acuña, gobernador general español de Filipinas, a decidir la restauración del prestigio y del poder ibérico en las Molucas haciendo de ello un objetivo personal. Envío a Gaspar Gómez, principal de la Misión jesuíta de Manila, como mensajero a la corte del rey Felipe II para exigir del soberano, que no era especialmente generoso, la promesa de financiar los gastos de una nueva expedición incluyendo un fondo de reserva de 120.000 ducados. Los hombres y los barcos fueron concentrados a su debido tiempo en el sur de las filipinas: "cinco navíos, cuatro galeras, tres galeotas y trece fragatas", según Antonio de Morga, junto con un total de 3.095 hombres, que incluían a 1.300 españoles, 40 soldados filipinos y 649 remeros, esta vez filipinos en vez de chinos. Las provisiones y las armas, dice de Morga, eran suficientes para aguantar al menos nueve meses sin necesidad de reabastecimiento desde Manila.

La expedición de Acuña

El gobernador general Acuña asumió personalmente el mando y el 15 de enero de 1606 la expedición se hizo a la mar. Un galeón se hundió en una tempestad, pero el 26 de marzo los otros buques se congregaron prácticamente intactos en la bahía de Talangame. El primero de los buques que arribó, sorprendió a un mercante holandés, cargado hasta los topes con el que se enzarzó con un breve intercambio de cañonazos, que tras ello se retiró para unirse a otros buques holandeses que se divisaban más allá del horizonte. Daña la impresión de que los holandeses no deseaban arriesgarse en una batalla.

Los españoles establecieron una base en Tidore. El sultán aprobó con entusiasmo su plan de utilizar Tidore como base para invadir la isla de Ternate. Prometió proporcionar una flota de kora-kora y un ejército de seiscientos hombres y sorprendió efectivamente a los españoles al llevarlo al cabo.

El ataque conjunto hispano-tidoreño sobre Ternate se inició al amanecer del 1 de abril de 1606 con una serie de desembarcos conjuntos bien coordinados en los puertos más accesibles a lo largo de la rocosa costa. Don Pedro dividió a sus fuerzas en dos columnas para converger sobre el recientemente construido fuerte San Pedro y San Pablo que, más que el Gammalamma, era el centro de la defensa de Ternate. Desplegó a sus fuerzas para efectuar una descarga y descubrió que los ternateños estaban bien nutridos de cañones con los que replicaron al fuego. La maniobra de los españoles pronto proyectó una seria amenaza tan seria al fuerte, que los defensores imprudentemente se aventuraron a saltar fuera de los muros para empeñarse en un combate cuerpo a cuerpo, pero después del mediodía estaban tan agotados que muchos de ellos se rindieron y los españoles llegaron a tener la victoria claramente a su alcance.

Tras ello Don Pedro realizó una maniobra de diversión con sus fuerzas desde el fuerte San Pedro y San Pablo con objeto de tomar el castillo y la ciudad de Gammalamma, cuartel general y residencia del sultán. Pero antes de que los españoles pudieran realmente desplegar sus fuerzas y tomar posiciones, el sultán Said, nieto del sultán Hairun, escapó.

El sultán Said aceptó regresar a Ternate para someterse y los españoles muy inteligentemente convirtieron su vuelta a casa en una sucesión de actos oficiales a lo largo de los cuales rindieron al sultán honores reales.

Don Pedro y su séquito pusieron al sultán bajo una fuerte custodia en la mejor casa de la ciudad, mientras ellos ocuparon el castillo-palacio y se dispusieron a reorganizar el reino. Enviaron una serie de expediciones a través de la región con el fin de persuadir a los jefes de los poblados que cumplieran sus instrucciones. En Motir, Batjan, Makjan y otros lugares, los españoles construyeron puestos fortificados y establecieron pequeñas guarniciones. En Tidore reconstruyeron el castillo y en Ternate ampliaron y reforzaron el castillo de Gammalamma y el Fuerte de San Pedro y San Pablo.

Don Pedro había traído con él desde Manila sesenta y cinco civiles españoles, hombres y mujeres, quienes se establecieron en la ciudad de Gammalamma. Entre ellos había carpinteros, albañiles, armeros, toneleros y personas con diversos oficios que, se esperaba, sirvieran como ciudadanos modelo. El hábil gobernador general Acuña quedó complacido al haber establecido las bases de una nueva y saludable sociedad.

El 10 de abril de 1606 en el gran salón del castillo de Gammalamma los españoles y los ternateños firmaron formalmente un tratado de paz y el sultán Said y su familia prestaron juramento de fidelidad al rey Felipe III.

Don Pedro estimó que su misión había terminado. Inicialmente pensó dirigir a su expedición hacia el sur en dirección a Ambón para desalojar a los holandeses del castillo que había sido tomado tan impunemente en 1605, pero decidió aplazar la operación. El 4 de mayo de 1606, junto con su escolta y veinticuatro ternateños subió a su buque insignia y dio vela a Manila.

Solo un mes más tarde, los holandeses tomaron la iniciativa y se establecieron en Ternate. El 10 de junio, el capitán L'Hermite se consideró listo para el combate. Reconstruyó una fortaleza a la que bautizó como Fuerte Malayo y montó seis cañones de bronce en sus murallas asignando al mando al capitán Gerard Gerardszoon van der Bus y a su fuerza de cuarenta hombres como guarnición. Con objeto de persuadir al capitán van der Bus y a sus hombres de que no se rebelasen contra tan arriesgada situación, prometió a cada uno de ellos una recompensa de 12 rijksdaalders (25 florines) por año y con objeto de tranquilizar a los nuevos aliados, los regentes de Ternate, prometió enviar más hombres desde Bantam. El 12 de junio dejando dos buques para que abastecieran y protegiesen al nuevo fuerte, zarpó con el resto de su flota hacia las costas de China.

LA LUCHA CONTRA LOS HOLANDESES

El fuerte Malayo, más tarde rebautizado Fuerte Oranje y convertido en cuartel general de la V.O.C. en las Indias hasta que el gobernador general Jan Pieterszoon Coen transfirió su sede a Batavia en 1619, probó casi inmediatamente su utilidad al resistir un ataque de los españoles. Desplazándose sigilosamente por la noche desde el castillo Gammalamma a través de tortuosos caminos, una fuerza española compuesta de 250 hombres cayó sobre el fuerte Malayo al amanecer, pero fue rechazada después de un furioso combate cuerpo a cuerpo en el cual cerca de cuarenta holandeses y cien soldados ternateños auxiliares se impusieron. La batalla del fuerte Malayo en el 1606 demostró ser el único enfrentamiento realmente serio entre fuerzas holandesas y españolas en la región. No quiere decir que faltasen encuentros, tanto en tierra como en el mar. Los holandeses que perseguían siempre las mayores ganancias al menor coste, se limitaron a sondeos y escaramuzas de carácter menor perdiendo así la oportunidad de lo que hubieran podido ser, a veces, grandes victorias. Para los holandeses comenzó a ser una cuestión delicada la extensión de control más allá del fuerte Oranje. Para los españoles la situación comenzó a convertirse en un caso de progresiva guerra de desgaste y de retirada que culminó con el abandono voluntario del castillo da Gammalamma.

A lo largo de los varios años que duró el asentamiento español en las Molucas del norte, tres grandes expediciones de Ternate y Tidore, en la que encontraron, sólo de manera intermitente, oposición y obstrucción por parte de los españoles. La primera expedición fue la del almirante Paulus van Caerden en 1608, seguida de la del almirante François Wittert en 1609 y en tercer lugar la expedición del almirante Verhoef, al mando del almirante Simon Janszoon Hoen, igualmente en 1609.

Van Caerden fue el que permaneció más tiempo en la zona pero no por elección propia, ya que fue capturado, para su desgracia, como cautivo y rehén en el castillo de Gammalamma. Aunque los servicios de van Caerden en otros escenarios habían sido realmente distinguidos, en la Molucas no fueron pocas las ocasiones en las que dio el patinazo. Trajo con él una flota de siete buques y un ejército de trescientos soldados holandeses con lo que sin duda hubiera podido asaltar sin dificultades los fuertes españoles. Sin embargo, prefirió capturar primero la isla de Makjan, lo que le costó dos barcos y varias docenas de hombres, para después comprometerse en una pequeña campaña de diversión con la intención aparentemente de aislar las islas de Ternate y Tidore e interceptar a los buques españoles. En agosto de 1608 mientras navegaba desplegando una febril actividad de una a otra isla, van Caerden condujo a su buque insignia contra los arrecifes. Los exultantes españoles pronto capturaron al almirante y a su buque como trofeos. Siendo puesto fuera de combate de esta manera ignominiosa, van Caerden fue constituido en rehén y se pidió rescate por él. Varios meses más tarde fue dejando en libertad y asumió nuevamente el mando de las fuerzas holandesas pero, dado su desgraciado sino, cayó en manos de los españoles una vez más.

Los holandeses intentaron dar una nueva orientación táctica a sus opera-

ciones a través del almirante Françoise Witter. Witter llevó una nueva expedición a las Molucas y negoció un nuevo contrato con el sultán Modafar, hijo del sultán Said. Los acuerdos para su misión militar y el monopolio del clavo fueron confirmados y se prometió llevar a cabo acciones más resueltas. Witter pensó que el mejor modo de cumplir sus compromisos militares era conducir su expedición hacia el norte para bloquear Manila. Así lo hizo sufriendo la pérdida de todos sus buques, (dos capturados y uno incendiado), la de la mayor parte de su gente y, finalmente, la de su propia vida.

Poco tiempo después, el almirante Simon Janszoon Hoen llegó con los supervivientes de la gran expedición Verhoef quienes estaban aún asombrados por sus experiencias recientes en Banda donde el almirante Verhoef y muchos de sus hombres perecieron en un combate con los bandaneses.

El almirante Hoen no estaba dispuesto a arriesgarse en acciones temerarias contra los españoles. Después de moverse alrededor de las islas durante algunas semanas dirigió una incursión contra el fuerte español en Tidore. Desembarcó sus tropas, ordenó emplazar las piezas y ponerlas en posición y comenzó el sitio. Hoen fue alcanzado por una bala durante el combate y sus fuerzas se desbandaron. Los españoles que se habían sentido más amenazados de lo que la realidad demuestra, evacuaron el castillo de Tidore prácticamente al mismo tiempo y se concentraron virtualmente en todas las demás fortalezas de Ternate.

Los españoles mientras tanto no permanecieron inactivos. Manila despachó una flota de seis fragatas y dos juncos para aprovisionar Ternate con víveres y refuerzos. Los holandeses interceptaron dos de esos buques y ofrecieron restituirlos, junto con su carga y tripulación, a cambio de la liberación del que iban a hacer un buen negocio, y quedaron complacidos cuando comprobaron que era mucho mejor de lo que habían esperado. El almirante tan dado a las desgracias, una vez fue liberado, llevó a cabo un viaje por tierra desde Gammalamma hasta el fuerte Oranje sin particulares contratiempos. Pero en la primera ocasión que se hizo a la mar en un viaje de Ternate a Makjan, cayó de nuevo en poder de los españoles.

A estas alturas las relaciones hispano-holandesas habían tomado un nuevo aspecto determinado por los acontecimientos en Europa. Tras décadas de guerra intermitente, el 9 de abril de 1609 las dos naciones firmaron una tregua por doce años, noticia que llegó a Ternate a principios de 1610. Prácticamente nadie en España ni en los Países Bajos, ni en las Filipinas o en las Molucas tomó esa tregua muy en serio. La tregua no fué obstáculo para que los directores de la V.O.C. intruyeran secreta y repetidamente a sus agentes a que recurrieran a cualquier tipo de violencia que fuese necesaria con objeto de impedir el acceso al mercado de las especias a cualquier otro europeo, sin exceptuar a los españoles. la noticia de la tregua sirvió para que los holandeses del fuerte Oranje tuvieran la oportunidad de notificar a los españoles del vecino castillo de Gammalamma su intención de observarla escrupulosamente, por lo que esperaban que sus estimados vecinos hicieran lo mismo. Insistieron en que sería adecuado por lo tanto liberar a su, una y otra vez, capturado almiran-

te van Caerden. Los españoles cortésmente dieron cumplimiento a esta petición.

La expedición de don Pedro de Heredia

Una nueva y última expedición procedente de Filipinas en el año 1623, bajo el mando de don Pedro de Heredia, sirvió para reforzar las defensas y mejorar el comercio. Los españoles cada vez dependían menos de Ternate, como centro de comercio, que de la nueva factoría que habían construido en Makassar cuyo sultán había convertido en atractivo puerto para los diversos mercaderes europeos. Por el pacto de Münster de 1648 los españoles acordaron no extender sus ya disminuidos operaciones en las Molucas y finalmente, decidieron abandonarlas.

D. Francisco de Attleinso, el último gobernador español del castillo de Gammalamma, procedió a embarcar a sus hombres, sus cañones, sus mercancías y sus especias y la mayoría de los europeos que habitaban el pueblo, en una flota de doce juncos y se hizo a la mar rumbo a Manila el 2 de mayo de 1663.